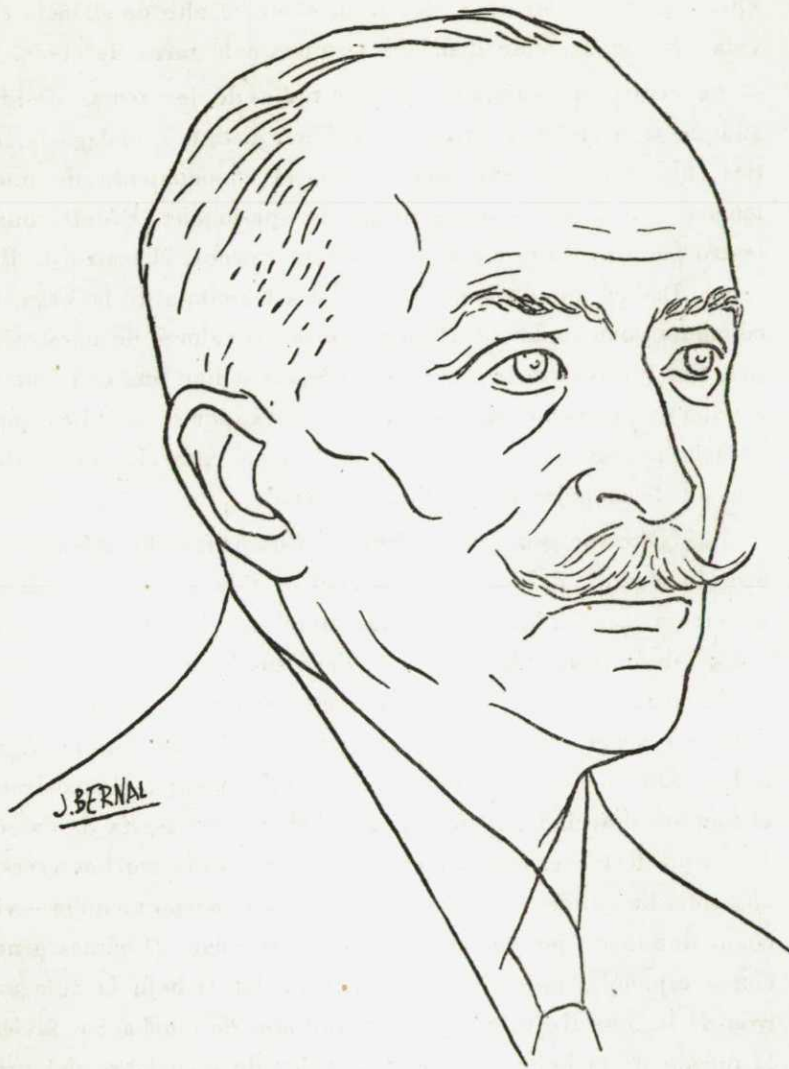


EL ESPIRITU Y LA OBRA DE DON JOSE ROGERIO SANCHEZ

EN la vida cultural y pedagógica española ha tenido un profundo eco doloroso la pérdida de D. José Rogerio Sánchez. Pocas vidas como la suya tan incondicionalmente entregadas al trabajo, al esfuerzo que no conoce pausas ni desmayos. La ilusión de la tarea le acompañó siempre, desde sus años mozos hasta este comienzo de otoño, en que la muerte le ha llegado. Había sido jubilado ya, mas esta jubilación administrativa no rimaba con su espíritu, lleno siempre de afanes creadores. Continuó en la Dirección de su Instituto de San Isidro, y hubiese podido seguir en su cátedra: tan fértil estaba su pensamiento, tan incansable era su voluntad. Proyectos de libros nuevos, de estudios, de conferencias, se amontonaban en su estancia de trabajo. «Mis arreos son las armas, —mi descanso el pelear», hubiese él podido decir, como en el viejo romance. Una vida larga, literalmente consagrada al trabajo, le daba derecho a jornadas de descanso. Mas éste no existía para él sino en forma de labor nueva. Y así, ahora, mientras la



D. JOSE ROGERIO S'ANCHEZ

muerte le hacía una ronda dramática, su frente barajaba nuevos afanes y en las pausas de la dolencia D. José Rogerio dictaba notas y apuntes para obras futuras. Le llegó la muerte, y sólo ése, el definitivo, podía ser su único descanso, el único alto de silencio en su vida, ilusionadamente dedicada siempre a la tarea de crear.

Se centró su actividad en el estudio de los temas literarios, aunque se acercase a otros de carácter distinto: pedagogía, estética, filosofía. Mas era, sobre todo, el conocimiento de nuestra lengua y de nuestras letras lo que le apasionaba. Estudió nuestro teatro poético, los escritores hispanoamericanos, el teatro de Benavente. Dedicó un concienzudo estudio a Garcilaso de la Vega, hizo ediciones comentadas de clásicos, glosó los valores de nuestra mística. Sus libros para la enseñanza literaria tenían una unánime estimación en los medios didácticos nacionales, por su sencillez, por su eficacia pedagógica. Sus antologías figuran entre las más cabales que puede manejar el estudiante español.

Fué Director general de Primera Enseñanza, Presidente de la Sección segunda del Consejo Nacional de Educación y miembro de la tercera, académico de Ciencias Morales y Políticas. Fué, sobre todo, catedrático, y la cátedra se llevó sus horas mejores. Comenzó desde muy joven a desempeñar este menester. Ya nunca abandonó tal género de trabajo, al que se dedicaba con infatigable ardor. Era D. José Rogerio Sánchez, típicamente, el catedrático, el hombre desvelado siempre por la fiebre y la alegría de enseñar. Este tipo de labor, tenaz, oscura, incomprendida muchas veces, le absorbía. Su ánimo —poderoso ánimo en un cuerpo menudo— vivía como iluminado por la tarea gozosa de enseñar. ¿Cuántas generaciones españolas aprendieron a amar las letras bajo la guía amorosa de D. José Rogerio? ¿Cuántos millares de muchachos tuvieron la noción de la belleza literaria al calor de la palabra del profesor? El era en la clase sencillo y bondadoso. Sabía que el mejor camino para llegar al espíritu del discípulo era el de la efusión. Más que hacerse temer, hacer querer: un respeto, en fin, logrado por medio de bondades. En la clase, él no quería simplemente dar una lección, en lo que ésta pudiera tener de engolamiento y ru-

tina, de simple alarde de conocimientos. Lo que él buscaba, al hacerse amar a sí mismo, era hacer también que la asignatura fuese amada. Este fué el noble secreto de D. José Rogerio Sánchez: acertar a despertar en los que escuchaban su palabra un sentimiento de simpatía hacia la materia explicada. Lo personal influye mucho en lo educativo. Un buen maestro es decisivo en el rumbo de muchas vocaciones.

Rogerio Sánchez era, plenamente, esto: el maestro, el consejero, el guía. Mientras del recuerdo de muchos que fueron alumnos suyos se borraba el perfil de otros profesores, persistía la memoria del que les enseñó a amar las letras y supo poner en la labor didáctica un acento de simpatía. El encarnaba el arquetipo del profesor de segunda enseñanza, modesto, sencillo, trabajador, infatigable en su misión cotidiana. Sembrar es una labor oscura y silenciosa, pero es una admirable labor, de la que dependen en gran parte las horas futuras de un país. Rogerio Sánchez sembró a lo largo de muchos años, y esa labor suya, de entre toda la que realizó, es la que guarda un más bello sentido. Libros, estudios, conferencias... Mas, de todo ello, lo que da una mejor aureola a la figura de D. José Rogerio Sánchez es su gran virtud de sembrador. ¿Cuántos millares de muchachos españoles se formaron a su sombra? La vida, después, les fué dispersando, empujando hacia derroteros distintos. Mas siempre vivió en ellos el recuerdo de quien les había enseñado a comprender y amar la belleza literaria. Se comprobó ahora, en la hora doliente de su muerte. Junto al duelo de los alumnos últimos, mozos todavía, estaba el duelo de los que son ya hombres y un día pasaron por las mismas aulas. Unos y otros se sentían hermanados por un duelo común ante la pérdida del maestro. Unos y otros habían conocido la misma bondad, la misma comprensión, la misma palabra inteligente, generosa y clara. Iban tras el féretro los amigos, los compañeros de claustro —a la cabecera de todos el Ministro de Educación, amigo y compañero, en las mismas aulas, del catedrático muerto—. Iban también, después, otras gentes, de perfil desconocido. Eran los alumnos de un día, los que habían sabido del humano espíritu de D. José Ro-

gerio. Acaso, desde que salieron de las aulas, no le volvieron a ver. Mas no importaba esta falta de contacto físico. La huella espiritual quedó viva. Ahora, a la llamada de la muerte, esta huella se extremaba en el recuerdo de muchos. ¡Pobre D. José! Se había hecho supremo silencio su palabra bondadosa, que tan bien sabía guiar por los caminos de la belleza, que tan humanamente enseñaba verdades y señalaba rutas. Allá, tras el cuerpo hecho quietud definitiva, iban los alumnos de un día, dispersos hoy por caminos y profesiones diferentes, hermanados ahora, como en los días de bachillerato, por la devoción hacia el maestro.

